



Aunque pudiera tratarse apenas del saber de una minoría, el marxismo encontraba su sustento en ese aparente carácter científico, desde el cual podía preverse con nitidez cualquier futuro posible. Conocer la historia. Desmontarla como a una máquina cualquiera. Marx, con el materialismo histórico, habría inaugurado un nuevo continente científico.

Estas ideas eclosionaron alrededor de la figura de Louis Althusser: un profesor de la Ecole Normale Supérieure, en París, que desde su casi claustro académico, trató de emprender una relectura de Marx a partir de una contraposición: ciencia versus ideología. Desterrando los elementos volitivos, para el filósofo francés la ideología dejaba de ser una simple "falsa conciencia" (una adulteración premeditada de la realidad), para convertirse en una secreción natural de una sociedad, el cemento que articulaba el edificio social, posibilitando el dominio de ciertas relaciones de producción o la imposición de una clase. Por eso, la existencia de un centro social, la vigencia de cualquier orden exigían que la ideología de una sociedad o una época, fuera en última instancia la ideología de su clase dominante; dictadura sobre las consciencias, que se ejercía más allá de las voluntades, imposible de sortear o superar por la simple voluntad. El marxismo había podido romper el cerco porque encontró el aliento necesario, en cierta manera, fuera de la historia: en la ciencia. Un producto que si bien era elaborado por los hombres, terminaba trascendiéndolos, en la misma medida que se desarrollaba paralelamente a la lucha de clases. Por eso el descubrimiento capital de Marx no era el proletariado o la lucha de clases, sino esa nueva ciencia que era el materialismo histórico. Entonces, para el porvenir del marxismo, era decisivo preservar su carácter científico y mantenerse más allá de cualquier contaminación ideológica. Tarea privilegiada que, como especie de guardianes de un culto, se les encomendaba a los intelectuales, previa purificación. Ni siquiera el mismo Marx pudo mantenerse exento de los virus ideológicos. Por eso era imprescindible distinguir cuáles textos de su vasta obra eran realmente científicos y cuáles no. A esta tarea dedicó Althusser gran parte de su obra, es decir, a la paradójica indagación sobre desde cuándo Marx era Marx. Viene a la memoria la discusión que tuvo lugar en los orígenes del cristianismo acerca de la autenticidad de los evangelios. Althusser desecharía algunos textos, como los llamados "Manuscritos económicos-filosóficos" y en su labor de exégesis llegaría a cuestionar diversos pasajes de *El capital*. Para entonces había concluido que una de las amenazas más peligrosas para la teoría marxista era el humanismo.

La historia y el tiempo

Miseria de la teoría

Alberto Flores Galindo

Durante la década de 1960 el marxismo llegó a confundirse con una pirotecnia verbal. La condición imprescindible de cualquier investigación o de cualquier tesis política era la elaboración previa de un marco teórico: los conceptos y la articulación entre ellos, eran los instrumentos para develar una realidad.

Arremetió contra todos aquellos que intentaban poner —en diálogos con el cristianismo o el existencialismo— al hombre en el centro del discurso marxista. El carácter científico del materialismo histórico radicaba en que, por el contrario, sujeto y objeto de conocimiento diferían: el tema no eran otros hombres, sino esa realidad impersonal que se encontraba más allá de las apariencias: las estructuras y las modalidades de articulación entre ellas. El modo de producción, la formación social, la ideología misma, los aparatos ideológicos del Estado, desplazan a los acontecimientos, los personajes, los grupos o las clases sociales. . .

CIENCIA E INTELLECTUALES

Tras estas reflexiones subyacía una imagen esencialmente elitista del marxismo. La ciencia era un coto reservado para los intelectuales. A ella no se podía llegar desde la fábrica. Por eso los intelectuales desempeñaban un papel articulador, como puentes entre el materialismo histórico y el movimiento popular. Ellos insuflaban la consciencia de clase. El proletariado no podía llegar por sus propias fuerzas a percibir sus intereses y su misión. Requería que otros —especies de profetas— le indicasen el camino. El marxismo gestado fuera de la lucha de clases, era una importación para el movimiento obrero. Se privilegiaba a los intelectuales y de paso al partido, por encima de los sindicatos y los obreros. Cualquier posición opuesta era desechada con los moteos oprobiosos de espontaneísmo, sindicalismo, obrerismo, etc.

Althusser terminó así como un guardián de la ortodoxia marxista. Congregó discípulos que como Balibar o Poulantzas debían prolongar su obra en nuevos territorios, e incluso encontró una diestra predicadora en Martha Harnecker. Terminaron desplazados en el horizonte de lecturas marxistas, autores como Garaudy, desde luego Politzer y hasta el propio Marx. La editorial Siglo XXI, atenta a cualquier novedad parisina, desempeñó un papel decisivo en la difusión latinoamericana del althusserianismo. Pero mientras se producía esta irradiación que de los claustros de la rue de Ulm llegaba a las



guerrillas latinoamericanas (Debray fue en sus inicios un caro discípulo de Althusser), se iba gestando una reacción contra estas concepciones.

Pacientemente, excavando con todo cuidado, acopiando los materiales necesarios un grupo de historiadores ingleses concibió la necesidad de mirar a la sociedad desde abajo: hacer la historia de las "gentes sin historia", reconstruir el pasado de las clases populares y ver, como aconsejaba Gramsci, qué momentos de autonomía real, qué capacidad de nadar contra la corriente dominante habían podido mostrar los sectores populares. Estos propósitos enmarcan, de manera particular, la obra del historiador inglés Edward Thompson, autor de un libro decisivo, escasamente conocido entre nosotros: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Escrito en primer lugar para replicar a quienes imaginaban la historia obrera como un subproducto del maquinismo y, en segundo lugar, para demostrar que esa historia existía porque los obreros la han ido haciendo conscientemente, día a día, no sólo en sus primeras luchas sindicales, sino también en la vida cotidiana,

elaborando una visión propia del mundo, contestataria de la clase dominante. Edifica, de esta manera, una *sui generis* historia obrera, donde junto a capítulos dedicados al análisis riguroso del salario y costo de vida al comenzar el siglo XIX inglés, se nos habla de las cantinas, la vida familiar, las lecturas, los clubes, las prácticas religiosas, de los artesanos, tejedores, mineros ingleses.

Pero Thompson no tenía sólo un propósito meramente historiográfico. Marginado del mundo académico inglés, refugiado en una universidad para obreros, Thompson pensaba que Inglaterra podía servir como ejemplo en la tarea mayor de recobrar el puesto de los hombres y de la praxis, de la lucha de clases más que de las clases, en el análisis histórico y la lucha política. Si alguien no había advertido el carácter profundamente político de su obra, no queda la menor duda después de leer *Miseria de la teoría*, especie de anti-Althusser que acaba de traducir la editorial Crítica/Grijalbo (Barcelona, 1981). Manifiesto irónico a ratos, otras veces violento y siempre tenazmente empeñado en refutar a un marxismo que

por encima de las apariencias, persistía tributario del dogmatismo estaliniano.

LA HISTORIA DEL PUEBLO

En efecto, la historia de las clases populares, tal como la han cultivado Thompson, Rudé, Hobsbawm, es un llamado de atención sobre la capacidad del pueblo para hacer su propia historia y en la práctica es una réplica a quienes lo condenaban a permanecer irremediablemente sujeto a la hegemonía ideológica de la clase dominante. Existe una cultura popular, a veces alimentada por los libros que produce una elite, pero otras recurriendo a sus propias fuentes orales; no siempre resignada, en diversos momentos contestataria. Si hay rebeliones sociales es porque además de resultar intolerable la explotación, los sectores populares encuentran en esa ideología sustento y justificación para sus levantamientos. De esta manera la historia de las clases subalternas es —en circunstancias que no son simples momentos ocasionales— una historia menos disgregada y fragmentada que la imaginada por Gramsci.

Nada de esto significa omitir las condiciones previamente dadas. Los hombres hacen la historia pero sobre un escenario anterior. Se trata de articular las determinaciones con la voluntad; a las estructuras con los hombres o en palabras de Thompson, "...la intersección de la determinación y la actividad propia..." De aquí se deriva como una de las tesis centrales esgrimidas contra Althusser que "las clases surgen porque los hombres y las mujeres, bajo determinadas relaciones de producción, identifican sus intereses antagónicos y son llevados a luchar, a pensar y a valorar en términos clasistas: de modo que el proceso de formación de clase consiste en un hacerse a sí mismo, si bien bajo condiciones que vienen dadas" (p. 167).

En cierta manera podríamos decir que *Miseria de la teoría* llega al Perú un poco tarde. El edificio sólido que Althusser mostraba a quienes apenas se iniciaban en el marxismo por los años 60, se ha derrumbado. La crisis de una visión autoritaria del marxismo no sólo obedece a que los faros exteriores, se han apagado, sino también al reclamo interno de un movimiento popular, que se resiste a las cúpulas políticas o sindicales, que auspicia una sublevación de las "bases" (término en sí mismo elitista). Pero a la postre resulta entusiasmante constatar que un producto europeo llegue tarde. Ya nos habíamos desilusionado de Althusser, de allí que *Miseria de la teoría* será útil sólo si logra introducir al lector en otros textos de Thompson, como sus escritos sobre los motines del siglo XVIII, su amplio estudio citado sobre la formación de la clase obrera o su biografía de William Morris.